

# BUEN HUMOR



40 CENTIMOS



—¿No es prima tuya esa señora?

—Sí; pero no me habla desde que sabe que la llamo “la prima Carnera”.

*Dib. GARRIDO.—Madrid.*

Ayuntamiento de Madrid





# BUEN HUMOR



## PRECIOS DE SUSCRIPCION (PAGO ADELANTADO)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

#### UNIÓN POSTAL

Trimestre .....	9 pesetas.
Semestre .....	16 —
Año .....	32 —

### ARGENTINA (Buenos Aires)

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre .....	\$ 6,50
Año .....	\$ 12
Número suelto .....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A. Apartado 605. Habana.

### REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142

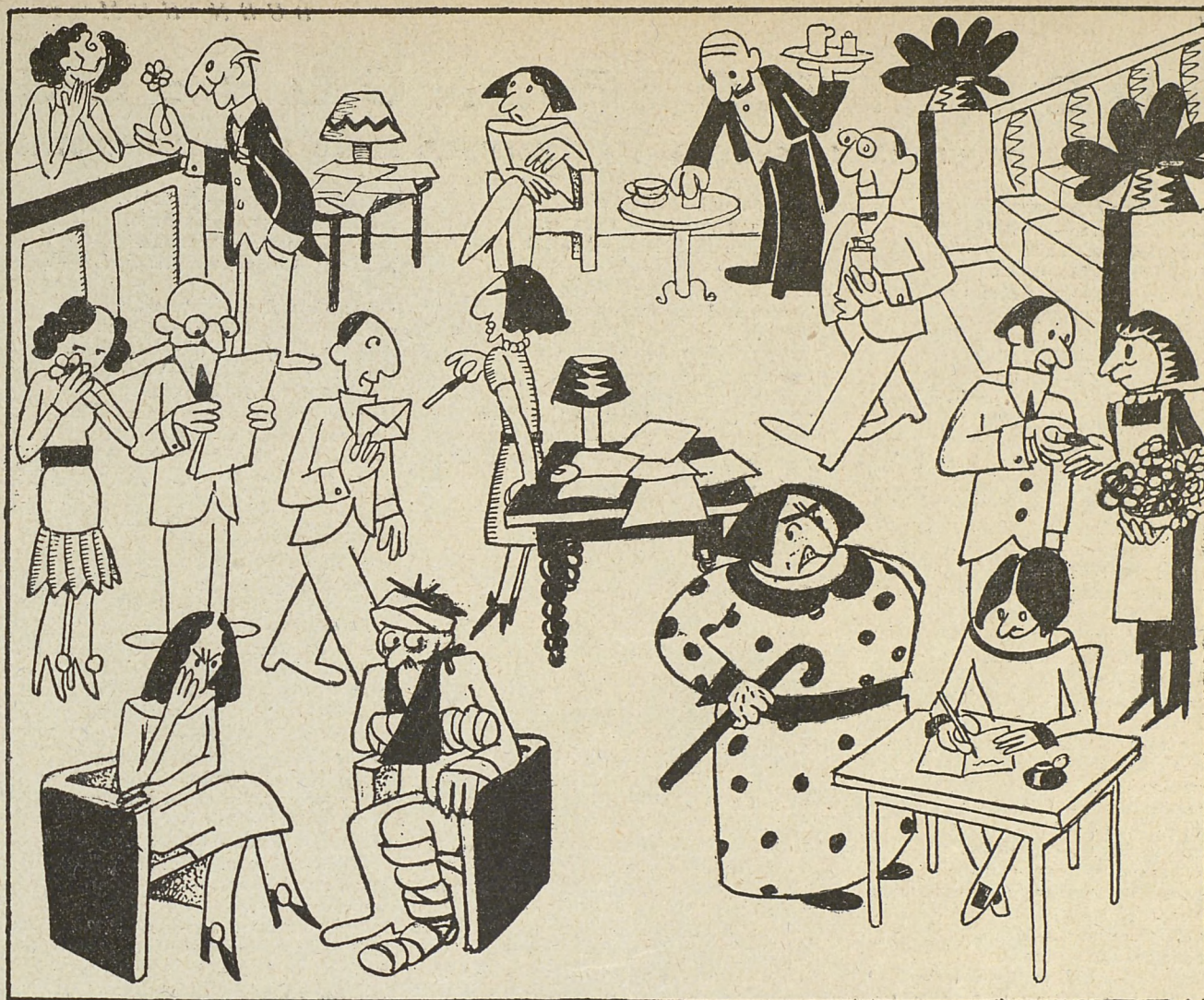
## LOS FAMOSOS

## POLVOS INSECTICIDAS

# LEYER<sup>A</sup> y COMP.

Son infalibles para la destrucción de toda  
clase de insectos





# NUESTROS CONCURSOS

## El del mes de diciembre

### ¡Solución y premio!

¡Ya está aquí la esperada solución del concurso del mes de diciembre! Ahora mismo van ustedes a saber quiénes son los seis matrimonios, quiénes son las tres personas solteras y quién es el concursante feliz.

Como todos ustedes han acertado, la señora del bastoncito es la costilla del pobre señor de las vendas.

La señora que escribe una carta está casada con el caballero que trae en la mano un sobre.

Está muy preocupada, en el sillón que hay en el ángulo izquierdo del dibujo, la esposa del señor que obsequia con una florecita a la señorita del mostrador.

Huele una flor la esposa del caballero que da una moneda a la florista.

La señora que está con un pitillito en la mano es la esposa del caballero que trae en la mano un encendedor.

La señora que, al fondo, está sentada, es la esposa del señor que lee, muy serio, un periódico.

Y están solteros: la señorita del mostrador, la florista y el camarero.

Han enviado la solución exacta cuarenta y dos solucionistas, cuyos nombres no damos por falta de espacio. Verificado el sorteo, ha correspondido el premio a D. Eugenio Linares, de Madrid, el cual puede pasar por esta administración a recoger las 100 pesetitas cualquier día laborable, de cuatro a ocho.

No olvide usted su cédula, y enhorabuena.



# NUESTROS CONCURSOS

## EL DEL MES DE ENERO Y FEBRERO : - : PRIMERA SERIE DE SOLUCIONISTAS

Miguel Escotet.—León.  
 Julita Pesquera.—Madrid.  
 Sabino Iglesias Alonso.—Cuba.  
 Rafael Fernández.—Cuba.  
 Mercedes Lemona.—Santa Cruz de Tenerife.  
 Mario Fernández.—Buenos Aires.  
 María Ortega.—Madrid.  
 "White Snoso".—Madrid.  
 "Calle Mallorca".—Barcelona.  
 Glorita Pereda.—Madrid.  
 Lolín Santa Olalla.—Logroño.  
 Pepito Pardo Dorado.—Madrid.  
 Bernardino Moreno.—Puertollano.  
 Nemesio de Santos.—Segovia.  
 Lolita Martínez Víctor.—Ciudad Real.  
 Angel Masoliver.—Barcelona.  
 José F. Pedrera García.—León.  
 Carmen Entrialgo.—León.  
 Alfredo Palat.—Barcelona.  
 Antonio Vallet Frasset.—Rafelcofer.  
 Rafael Arroyo.—Madrid.  
 Francisco Atero Santiago.—Granada.  
 Baudilio Llorente.—Santa Cruz de Tenerife.  
 C. Pemán Barña.—Barcelona.  
 Lolita Ramírez.—Guadalajara.  
 Teresita de la Mora.—Madrid.  
 José de Limón.—Cuba.  
 Lolita Palomo.—Málaga.  
 Faustino Durán.—Camarena.  
 Luis Mejía.—Cienfuegos.  
 Santiago de los Santos.—Santa Cruz de Tenerife.  
 Manuel González.—Madrid.  
 Francisco Caro.—Madrid.  
 María Luisa Ullivarri.—Barcelona.  
 Antonio Calvo.—Castellón de la Plana.  
 Juan Serret.—Santiago de Cuba.  
 Carmen Manzanaro.—Madrid.  
 J. de Olaguer-Feliú.—Madrid.  
 Fernando Navarro.—Las Palmas.  
 A. Hernando Solá.—Barna.  
 Miguel Ruiz.—Melilla.  
 Antonio Sasca Ramonatecho.—Cádiz.  
 Elvira Cortés y María Loren.—Caspé.  
 Pedro Ribot Salinas.—Madrid.  
 "Encarnación".—Tárrega.  
 Adela y Pilar Alvarez Cortés.—Trujillo.  
 Angelita Kalees.—Barcelona.  
 Carmen Barrera.—Madrid.  
 Kurrakaka.—Madrid.  
 Dolores Arroyo.—Cádiz.  
 Gabriel Sáinz de G.—Alcalá de Henares.  
 Rosario Caro.—Madrid.  
 Isabel Díaz Castro.—Santa Cruz de Tenerife.  
 Alfonso Esteban.—Santa Cruz de Tenerife.  
 Domingo Semitiel Rubio.—Villa Sanjurjo.  
 Francisco Merchán.—Madrid.  
 Pedra Mendieta.—Madrid.  
 Carolina Moreno.—Moreno.

F. E. Vidal.—Barcelona.  
 Amelia Sagredo.—Labastida.  
 Francisco F. Bellido.—Madrid.  
 "Aritza".—Madrid.  
 Enriquito Vidal.—Madrid.  
 Teresa Balduminos.—Guindalera.  
 Práculo Lerones Aparicio.—Palencia.  
 Juan de Gracia.—Madrid.  
 Carmen Canitrot.—Madrid.  
 Rosarito Suárez Montero.—Madrid.  
 "K. K O".—Castellón de la Plana.  
 Enrique Robles Sanz.—Madrid.  
 Andrés Jiménez Cabrera.—Santa Cruz de Tenerife.  
 Angel Prado González.—Madrid.  
 L. de R.—Vigo.  
 Rafael Souviron Ortega.—Málaga.  
 Gonzalo Arrabal.—Málaga.  
 José Villanueva.—Oviedo.  
 Francisco García.—Jaca.  
 Constantino Fernández.—Vigo.  
 Manolita Castillo.—Madrid.  
 J. de A.—Vigo.  
 Regina de la Mora.—Madrid.  
 Angeles Rentero.—Getafe.  
 Pablo Gusco González.—Getafe.  
 Manuel Cicuendes.—Ventosilla.  
 "Una madrileña".—Madrid.  
 "Un Chileno".—Madrid.  
 "Ama de Casa".—Madrid.  
 Rosa Mejoral.—Barcelona.  
 Luis Anda.—Vitoria.  
 Gabriel Sánchez Alonso.—Alcantarilla.  
 Manuel M.<sup>a</sup> Alfaro.—Madrid.  
 Emilia Taunos.—Luarca.  
 Elisa Díaz Mirahete.—Valencia.  
 Manuel Manzano Fernández.—Cádiz.  
 Lolita Aramburu.—San Sebastián.  
 María Anguita.—Barcelona.  
 Nati Anguita.—Barcelona.  
 Ramiro Larios.—Madrid.  
 Ramón Aranda.—Málaga.  
 "Monieranco".—El Ferrol.  
 Aurora Rodríguez.—Madrid.  
 Juan José Nigara.—Getafe.  
 M.<sup>a</sup> Eugenio Taguino.—Madrid.  
 M. N. M.—La Coruña.  
 Pilarcita Rodríguez.—Madrid.  
 Ginés Pérez.—Barcelona.  
 A. Scatti.—Barcelona.  
 Gilbert Lanessans.—Barcelona.  
 C. Ruiz.—Logroño.  
 Rosarito Bernal.—Sigüenza.  
 Aurorita Castaño.—Cacabelos.  
 Hortensia Castaño.—Cacabelos.  
 Sebastián Velasco.—Ceuta.  
 Octavio Feijóo Masna.—Ceuta.  
 Manuela Rosas Alvarez.—Málaga.  
 María Pastrana.—Madrid.  
 "Morucho de ojitos verdes".—Chinchón.  
 M.<sup>a</sup> Luisa Huerta.—Madrid.  
 J. D. R.—Ribadesella.  
 J. García.—Ribadesella.  
 M.<sup>a</sup> Margarita Cañabal.—Sevilla.  
 María B. Martín.—Palencia.  
 Juan González.—Serdolay.

Marujita Ferraro.—Verdolay.  
 Hortensia Reyna.—Valencia.  
 María Climent.—Barcelona.  
 Matilde Chánchez Hernández.—Verdolay.  
 Pepita Gonzalvo.—Valencia.  
 Carlos López Leivia.—Segovia.  
 Amparito Lafort Geli.—Barcelona.  
 Laurín Bella Garrido.—Valencia.  
 Enrique Giner.—Valencia.  
 Vicente García Blasco.—Castellón.  
 José Naya.—La Coruña.  
 Emilio Delgado.—Madrid.  
 R. García H.—Madrid.  
 Pilar Pérez.—Madrid.  
 Heredio del Olmo.—Madrid.  
 Julita Rodríguez.—Logroño.  
 José L. Andrés.—Ramos.  
 P. Blasco.—Castellón.  
 Mercedes Solá Pon.—Barcelona.  
 C. Jorquera.—Irún.  
 María Abolaño de las Heras.—Málaga.  
 Antonia Gálvez.—Madrid.  
 Pedro Tejedor Rubio.—Oviedo.  
 Amalia G. de Muro.—Madrid.  
 Ramón Valls Ayuso.—Madrid.  
 Paula Díaz.—Carabanchel Alto.  
 Lolita Ibáñez Alonso.—Jerez.  
 José Pérez y Pérez.—Pamplona.  
 Pepita Rull.—Madrid.  
 Manuel Redondo.—Ceuta.  
 Ascensión Fuentes de Murcia.—Ceuta.  
 Tomasita Alcoyana.—Alcoy.  
 Isabel Estevan.—Alcoy.  
 Pedro Martínez Campos.—Alcantarilla.  
 María Rodríguez León.—Puente-Borjas.  
 Amparito López.—Alhucemas.  
 Joaquín López.—Alhucemas.  
 Primitivo Martínez.—Oviedo.  
 El M. S.—Melilla.  
 Antonio Gandía.—Madrid.  
 Carmencita Vera Cerrudo.—Valencia.  
 José Marhuenda.—Alicante.  
 M.<sup>a</sup> Almenara.—Ceuta.  
 Consuelo y María Llanos Vergel.—Torrejón.  
 M. J. M.—Murcia.  
 Ramón Salleres Carregal.—La Coruña.  
 Maruja Esbert.—Melilla.  
 Sacramento García Estivill.—Barcelona.  
 Francisco Guerrero Pereira.—Portugalete.  
 Mely P. Jones.—Melilla.  
 Teresa Kyburz.—San Sebastián.  
 José Ayala.—Vallcorca.  
 Rosa Aligua.—Barcelona.  
 Rogelio García.—Gijón.  
 Juan Fernández y Ginto.—Bilbao.  
 José Pamplona.—Zaragoza.  
 M.<sup>a</sup> Luisa Repolles.—Zaragoza.  
 Clemente del Río.—Madrid.  
 Teodora Gabarain.—San Sebastián.  
 Nicolás Manzano Paniagua.—Marruecos.  
 Paulino Lasala.—Zaragoza.  
 "Un baturre".—Zaragoza.



## EL JUICIO DE SALOMÓN

100.<sup>a</sup> representación

I

## EL PUEBLO MURMURA

Salomón, el aplaudido autor de "El cantar de los cantares", atravesaba una racha espantosa. Desde el juicio de las madres lactantes no daba una. Grande había sido su éxito, pero las planchas subsiguientes tenían la fama del ilustre monarca en entredicho.

—Señor—le advertía constantemente su secretario—es preciso que hagáis algo. El pueblo murmura. Hay quien se atreve a asegurar que aquello de las madres fué una chamba...

—Lo sé, lo sé mi buen Hermofernes. Es más: me consta que hasta han llegado a asegurar que hicimos "tongo"... pero ¡qué quieres!... Estoy premioso, cansado, no se me ocurre absolutamente nada, no hago más que meter la pata de un modo bárbaro...

—Si me lo permitís, señor, os diré que abusáis del psicoanálisis... Como el juicio de las madres nos salió tan redondito, habéis llegado a creer que todo el monte es orégano y a la vista están los resultados: el juicio de los arrieros, el del comerciante de Fesa, el de los quince hermanos Polonios... En fin, ¿a qué recordar a su majestad todas sus reales planchas?

—Es que la gente se ha vuelto yo no sé cómo, Hermofernes. Te aseguro que sigo empleando el mismo sistema de siempre y, no obstante, es que no doy una. He pensado... a ver que te parece a ti; mi fiel Hermofernes... he pensado que acaso conviniera a mi real prestigio dar una segunda representación al asunto de las madres lactantes...

—¡Refritos, señor!

—¡No, no!... Procuraríamos modificar ciertas cosas... todo lo puramente episódico... La gente ni se daría cuenta... Es más, seguro estoy que, aun sorprendiendo la semejanza, no

protestarían. Me quieren y los pobreticos están pasando las moradas al ver mi embrutecimiento... ¿Qué opinas, Hermofernes?

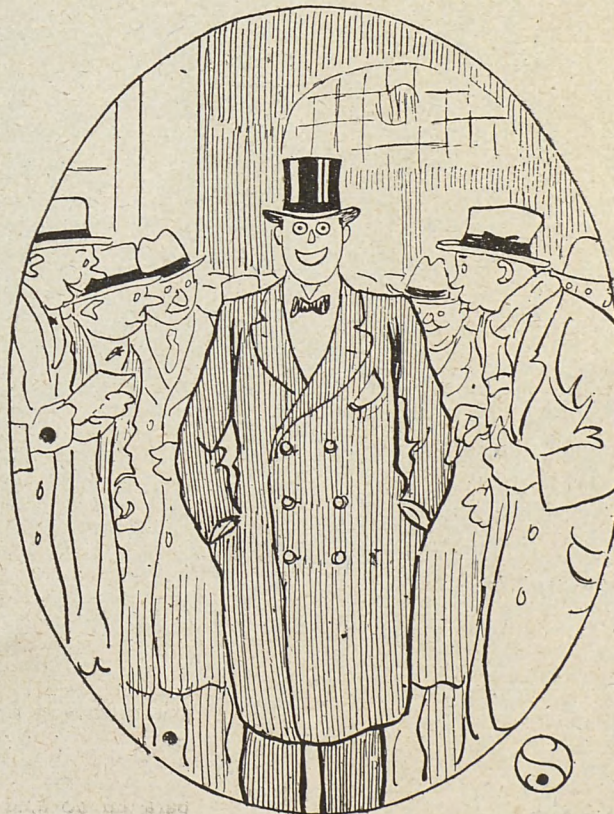
—Yo, señor...

—Sí, anda... búscame un asunto de lucimiento... como el de las madres lactantes... Procura que no sea exactamente igual, ¿eh? Me molestaría que mis buenos súbditos se vieran precisados a tirarme los productos de sus feraces huertas...

II

## EL JUICIO DE LOS CASADOS

—¡Audencia pública!—anunció el alguacil.



(Dib. SILENO.—Madrid.)

Y, entre la anhelante curiosidad del pueblo, el escribano comenzó la lectura de la causa:

"Nabucodonosor Sali, comerciante de Corinto, solicita que le sea devuelta su mujer, que en este momento se halla casada con Harmigas Salón.

Antecedentes: El comerciante Sali, salió de su casa para hacer fortuna lo más rápidamente posible. Pasaron cuatro años sin que la mujer de Sali tuviera la menor noticia de su marido, y entonces, creyéndolo muerto, contrajo matrimonio con Harmigas Salón. Así las cosas he aquí que, de pronto sin un mal continental que lo procediera, se presenta en su casa Sali y que la sorpresa del mismo es tan considerable como provista de fundamentos legales al ver a su amada

en los velludos y maridales brazos de Salón. Las primeras frases de Sali fueron lo suficientemente groseras para que no puedan constar en estas actuaciones. Mas ¡ay! que Sali, si bruto, es un sentimental del Líbano, y el segundo movimiento de su alma fué rescatar a su esposa, a la que sigue amando como las vacas a sus terneros, como las mieses al galopante y acristalado arroyuelo, como todos amamos a nuestro excelso monarca, el muy sabio Salomón. Y henos ya frente al magno problema que nuestro sin par rey ha de resolver: "Sali reclama a su esposa. Salón se niega a desprenderse de ella. Ambos se dicen legítimos propietarios de la misma, aunque no lo prueban por carecer—según aseguran—de los documentos necesarios. ¿Cuál es el verdadero marido y, por consiguiente, el que debe llevarse la mujer?...". Esto es lo que nuestro formidable monarca debe resolver. Silencio, que va empezar la vista..."

SALOMÓN.—Que pasen sólo los maridos (*gran expectación*). Vamos a ver. Aquí, por lo visto, se trata de que tú, Sa-



lón, te marchaste de viaje dejando a tu mujer sola...

SALÓN.—No, señor; habéis entendido mal. El que se marchó de viaje fué Sali.

SALOMÓN.—Justo, justo; eso es lo que yo quería decir... Sali se fué de viaje con su esposa...

SALI.—No, señor; habéis entendido mal. Yo me fuí solo.

SALOMÓN.—Exacto; esto es lo que yo te preguntaba... Tú te fuíste de viaje, ¿no es cierto?

SALI.—Cierto, señor.

SALOMÓN.—Pero tu mujer no se fué.

SALI.—No se fué.

SALOMÓN.—Y, claro, ahora lo que queréis Salón y tú es que se parta la mujer por la mitad, ¿no es esto?...

SALI y SALÓN.—¿Cómo partir? ¡¡De ninguna manera!!

HERMOFERNES.—¡Cuidado, señor, que se os ve la antena!...

SALOMÓN.—Sí, sí... comprendido. He querido decir que vosotros esperábais que yo os dijera: "¡¡que se parta la mujer por la mitad y que cada supuesto marido se lleva medio cuerpo!!"

¿No es cierto que esperábais esto, hijos míos?

SALI y SALÓN.—¡Nada de eso, señor!

SALOMÓN (*Muy contrariado*).—¿Cómo que no, caramba!... Bueno, pues esto lo

arreglo yo... lo arreglo yo... en unos días. Dejad aquí a vuestra esposa y volved dentro de siete lunas para saber mi sentencia.

### III

#### SIGUE EL JUICIO

SALOMÓN.—Amados súbditos. Después de pensar detenidamente sobre el asunto que os condujo hasta mi real y comprobada sabiduría debo confesaros que habéis perdido el tiempo lamentablemente... (grandes murmullos entre el público). Y digo que habéis perdido el tiempo lamentablemente porque vuestra bella esposa, la encantadora Rute, acaba de fallecer víctima de un cólico nefrítico (crecen los murmullos del auditorio; la gente se dice por lo bajo: "la ha matado para no tener que resolver; ¡vaya un guacana!") Es bien triste para vosotros recibir esta noticia en plena digestión, y más todavía porque debéis abonar en el acto el importe del entierro... ¿Qué tienes que decir a esto Salón?

SALÓN (*Muy afigido*).—Nada, señor. Hágase lo que tú ordenas.

SALOMÓN.—¿Y tú, Sali?

SALI (*Indignadísimo*).—¿Yo?... ¡que magras de Bizancio!

SALOMÓN.—¿Cómo dices?

SALI.—¡Que yo no pago media moneda ni que me emplumen con plumón de oca!...

SALOMÓN (*Con la sonrisa de Themis entre las barbas*).—¿Eso dices, Sali?...

SALI.—¡A ver que vida! ¡Sería el colmo que encima de todos los gastos que llevo hechos, tuviera que sangrar-me otra vez! ¡Que no, hombre, que no! ¡No doy un céntimo!.

SALOMÓN.—Bien, bien. La cosa está clara como mañana de abril. Alguacil, trae la mujer (se abre la puerta y aparece Rute). Hija mía, después de oír las manifestaciones de los reclamantes, nadie podría dudar un solo segundo que tu verdadero, tu indiscutibilísimo marido es Sali... Las palabras que acaba de pronunciar no admiten la más leve duda... ¡Es tu marido!. Así que vete con él y ¡que te sea leve cual la perfumada mano de la Sulamita!... el público puesto en pie, aclama frenéticamente a su soberano y desfila exclamando: "¡qué bárbaro!", "¡qué tío más cafre, tiene el talento por sacos!". Sólo Fernández Almagro y Jorge de la Cueva, disienten: —¡Pat!... Vulgarcito, verdad Jorge?.

—Sí... Y no muy edificante, Melchor.

L. PIELTAIN.

## ¿CAERÁ ESA BREVA?

Bonafoux cierto día en la Prensa con dolor declaró que Chauchard, el famoso filántropo rico fallecido en París años ha, no le había legado, a su muerte, ni un botón de su gran capital; lo que estuvo, sin duda, mal hecho, cual millones de cosas lo están.

Pues bien, yo, toda vez que no hay nada que en mis coplas hacer resaltar, pues está la política turbia y en la China ya reina la paz y los diestros están descansando y en el Muni (I) no hay una *trompá* ni hay madrastras que vendan al peso sus hijastros (dos kilos un real), la ocasión aprovecho y declaro, puesto que esta es la pura verdad, que tampoco a su muerte dejéme ni una perra el difunto Chauchard.

Y aunque aquello que a mí me sucede no le puede al lector importar, hoy declaro también que he soñado esta noche, en mi lecho nupcial, que una vieja, soltera y *chauchada* de las varias que han dado en gozar con mis versos modestos y extraños desde el año noventa hacia acá,

en un rapto de amor... a mis musas tuvo un día el capricho especial de dejarme una parte no chica de su hacienda cuantiosa al testar.

Y hoy, despierto, pregúntome a solas: —¿Por qué alguna de inmenso caudal, en lugar de dejárselo a frailes o a monjitas de aquí o de acullá, no prefieren dejárselo al hombre que hízola con sus versos gozar y que al fin de su vida no tiene para hacerse siquiera un gabán?...

¡Dios le toque a cualquier vieja rica en la viscera más principal para que haga efectivo mi sueño, y yo, libre del rudo luchar, llene sólo cuartillas el día que de hacerlo me sienta capaz, y moleste al lector algo menos y me luzca el trabajo algo más, aunque en premio del rasgo laudable de mi vieja, la tenga que echar a menudo en su tumba marmórea crisantemos y migas de pan!

Pero es fácil que, así como un día no heredó Bonafoux a Chauchard, la estrambótica *huri* de mi ensueño para mí no aparezca jamás!

JUAN PEREZ ZUNIGA

(I) cipio.





EN EL HOSPITAL

—No se enfade usted, pero el caso es que ayer nos equivocamos de cama, y operó usted de úlcera de estómago a aquel enfermo de la pierna.

—Vaya..., vaya, no se apure por tan poca cosa; tráigame hoy al del estómago, le cortaré una pierna, y en paz.  
(Dib. SAMA.— Madrid.)



## TRAGEDIAS VULGARES

## EL PRESTIDIGITADOR

Desde que comencé a tener uso de razón he sido un ferviente admirador de los prestidigitadores. Les reconozco co-

mo artistas excepcionales, dotados de cualidades virtuosísimas. ¡No me negarán ustedes que un hombre que de un

sombrero de copa puede sacar el submarino Peral es algo verdaderamente milológico!

Llevado por este entusiasmo por su arte, he presenciado en mi vida verdaderas maravillas de prestidigitación (1). Sacar veintidós reales de un duro, hacer vino sin agua, leche sin almidón, y lo que ustedes no han visto ni verán en su vida: sacar de un político vulgar un hombre sincero. Claro que éste fué un éxito relativo, pues el político, al verse así transformado, se murió de repente, diciendo que nada le quedaba ya que hacer en este valle de exudación lagrimal. Yo creo que si dejasen a un prestidigitador, sería capaz de hacer unas elecciones legales. Tal es la fe que en su taumaturgia tengo.

Una vez asistí yo a una sesión de ilusionismo en la que operaba un célebre artista. Sus experimentos tenían siempre el encanto de lo extraordinario.

—¿Ven ustedes este reloj?

—¡...!

—Pues vamos a convertirlo en una patata. Verán, es sencillísimo.

Y lo tiró con furia contra el suelo.

Llevado de mi ansia de profundizar en su ciencia, llegué a ser amigo de aquel célebre artista. Me lo presentaron por fotografía y estuvimos mucho tiempo carteándonos, hasta que un día, aprovechando la coincidencia de una excursión por España, tuve el gusto de charlar con él.

—¿Sus éxitos se perderán en el infinito de los números?

—Sí; es verdad, he tenido muchos éxitos, pero también he conocido las amarguras del fracaso.

—¿Fracaso?

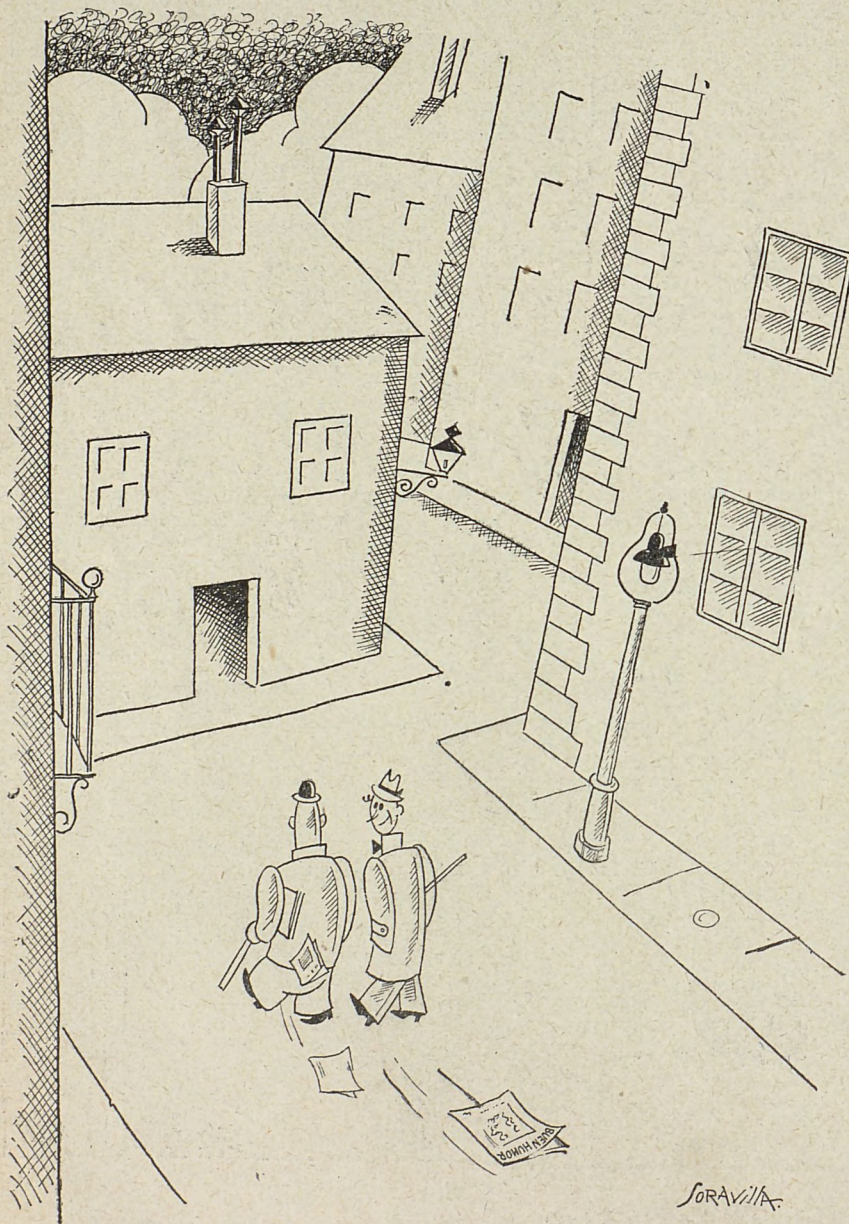
—¡Claro!

—Yo creí que no habría fuerza humana que les impidiese lograr lo que se proponen.

—Será humana o divina, pero la hay. Yo he tenido en mi vida dos rotundos fracasos. Hacer de Celia Gámez una monja; ya habrá usted leído en los periódicos que hubo un conato de profesión.

—Sí; efectivamente.

—Pues nada, eso fué un fracaso mío. Yo en este caso contaba con la ayuda de Dios; pero es que ni aun así logré triunfar.



—...usted, don Hipólito, siempre con tan buen carácter.

—No lo crea..., ya he perdido el "buen humor".

(Dib. SORAVILLA.—Madrid.)

(1) ¡Cuidado, lector, que hay epidemia de anginas!





El bombero (que ha sido peluquero).—¿Quemamos las puntas, caballero?

(Dib. FUENTE.—Madrid.)

—Ya me extrañó a mí que Celia Gómez...

—Nada, nada; todo fué ilusionismo.

—¿Y el otro?

—¡Ah, el otro! Aún lo recuerdo con dolor. Llevaba cinco días actuando en un teatro de Buenos Aires con éxito creciente, cuando al sexto, y viendo la facilidad de mis experimentos, me llamó un espectador rogándome transformase en un pero de presa un bulto que había en la butaca de al lado.

—¿Y no lo hizo?

—No, amigo mío; dos días de cama me costó el esfuerzo. No lo hice porque antes que yo ya había hecho aquella transformación la Naturaleza.

—¿Y qué era el bulto?

—Su suegra.

—Pero, en cambio, habrá usted tenido éxitos resonantes.

—Sí; el mayor fué sacar de un sombrero de copa una banda de música.

—¿Será usted rico?

—No mucho, pero lo soy. Mi fortuna se la debo a un experimento que hice en un teatro de Nueva York a puerta cerrada. En una noche transformé treinta mil dólares en otras tantas botellas de coñac.

Hablábamos sentados ante la mesa de un bar. Por dos veces habíamos repetido la ración de gambas, y siempre que me disponía a tomar una, indefectiblemente, me encontraba con las cáscaras de las de mi amigo. No dudé que me las estaba prestidigitando.

Quise corresponderle gastándole una broma. Ya que se comía todas las gambas, justo era que las pagase. Hice un movimiento como para buscar el monedero, y exclamé:

—¡Caramba, qué contrariedad; me he dejado el dinero en casa!

—¡Hombre, pues tiene gracia, porque yo no lo llevo nunca!

—¿No?

—¿Para qué? Cuando lo necesito, no tengo más que tomar cualquier cosa y convertirla en dinero.

—¿También?

—¡Claro! Para mí eso es sencillísimo. ¿Ve usted estos desperdicios de gambas?—dijo mostrándome un puñado de cáscaras—; pues esto ahora mismo lo convierto en dinero.

Sonreí ante una nueva maravilla. Iba en aquel momento a ser el único espectador de su magnífica habilidad.

—No hay si no hacer así—y dió unas vueltas a la mano—así—y la introdujo en el bolsillo de mi pantalón—y así—y sacando mi monedero quedé todas las cáscaras en el bolsillo.

—¿Lo ve usted?—dijo sonriendo—: sencillísimo.

JOSÉ SEVER



## DE NECESIDAD EN ESTOS MOMENTOS

# Para curarse las enfermedades sin la intervención de los médicos

Teniendo en cuenta la enorme cantidad de eminentes doctores que, hace la mar de tiempo, están atareadísimos en cuestiones políticas y no tienen ni un breve instante que dedicar a sus enfermos, hemos pensado que entre nuestros lectores pueden encontrarse algunos pacientes que, escamados por la ausencia de sus galenos respectivos, anden preocupadillos buscando la manera de sustituir tan importante servicio, sin mayor peligro para su salud que el que ya supone el confiar en la farmacopea con la insensata ingenuidad que nos caracteriza a los españoles.

Y, claro, como cuando se trata de servir a los lectores de nuestra alma somos unos hachas para encontrar soluciones científicas y convenientes, resulta que ha caído en nuestras manos un antiguo tratado de medicina vulgarísima, en el cual hemos podido ver, con tanto asombro como poco gesto, que la mayoría de las enfermedades pueden curarse sin necesidad de molestar al médico y de privarle de andar por las calles dando *vivas* si se lo permite quien puede permitírselo.

En virtud de ello, los lectores de BUEN HUMOR que estén enfermos, y los que piensen estarlo un día de estos o de los otros, van a saber de qué medios tan sencillos y estúpidos pueden valerse para recobrar la salud sin la intervención de un prójimo con pantalones académicos, mirada severa e ideales de felicidad social que a veces no son compatibles con un catarro urgente.

Lean ustedes y anímense a seguir los consejos que siguen, puesto que con ello no pueden perder más que la vida; y ya hace tiempo que todos los filósofos estamos conformes en que la vida no vale nada.

\*\*\*

Una de las enfermedades más corrientes es el reuma. No es que sea grave en la mayoría de los casos; pero en ciertas ocasiones como, por ejemplo, cuando ataca a los jefes del movimiento de las compañías ferroviarias, es de gran peligro, porque cualquiera comprenderá que un jefe del movimiento con reuma está en ridículo, porque no puede dedicarse a movimiento ninguno sin lanzar atroces gritos a todas horas. De manera que corre peligro de quedarse cesante por una tontería.

Pues bien, el reuma puede curarse tomándose un rábano en ayunas el primer domingo claro que uno se sienta mal.

No puede ser más barata la medicina, porque todos sabemos lo que importa un rábano.

\*\*\*

La pulmonía, terrorífica dolencia que le acomete a uno y no le deja respirar (en lo que se parece a los caseros y a los sastres), se cura sudando conforme recomendó Hipócrates, es decir, acostándose en compañía de un mozo de cuerda durante ocho días. Con este sistema se cura uno y le queda cuerda para veinte o treinta años más.

Si el enfermo es mozo de cuerda (que todo puede suceder) se cura aunque se acueste sólo. La lógica no tiene más remedio que reconocerlo.

\*\*\*

El dolor de muelas, ridícula y trisísima afección que hace cisco a media humanidad, se cura con una copa de

coñac *Fundador*, aunque algunos médicos dicen que no sirve para nada el coñac *Fundador* ni cristo que lo fundó. Pero no les hagan ustedes caso ninguno.

Claro que hay excepciones. Conocemos enfermos que, teniendo tres muelas en estado feroz, se han curado con una sola copa. En cambio otros, con una copa, no tienen ni para un diente.

Pero es porque son borrachos por parte de padre.

\*\*\*

El dolor de estómago suele no curarse cuando le visita a uno un médico; pero, en cambio, se cura siempre si le visita a uno un pollo.

Dicho se está que el pollo debe ser tierno y, sobre todo, debe ser asado por una buena cocinera, pero, verificándose ambas agradables casualidades, el estómago se le queda a uno como un reloj y no vuelve a dolerle más.

Y si vuelve a dolerle, visita de otro pollo y arreglado.

Y así sucesivamente.

\*\*\*

La gota se cura poniéndose a los pies una botella de agua caliente.

Y es natural. ¿Dónde se va a ir la gota sino al agua?

El que no lo vea, es ciego.

¡Vamos que no ve ni gota!

\*\*\*

Para curar la gripe hace falta sudar muchísimo más que para curar la pulmonía. Por tanto, el método del mozo de cuerda es insuficiente.

De modo que lo que recomendamos a los griposos es que se lean cinco artículos de Eugenio d'Ors y traten de descifrarlos.

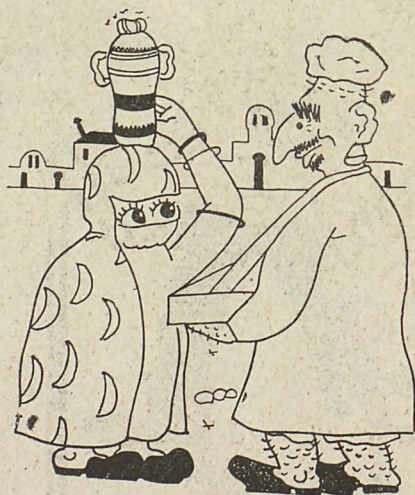
¡Y verán si sudan!

Es fácil que les quede un ligero dolor de cabeza, pero qué se le vá a hacer.

El sistema de curación tiene ese peligro.

Pensemos piadosamente en los que leen esos artículos sin tener la gripe.

¡Oh, seres admirables y épicamente heroicos!



—Oye, mohamed, ¿cómo es que vendes el jabón de oriente a 30 piastras y la quina vegetal a 40?

—¡Pues porque es más malo que la quina!!

(Dib. CLAVILEÑO.—Ayerbe.)

ERNESTO POLO



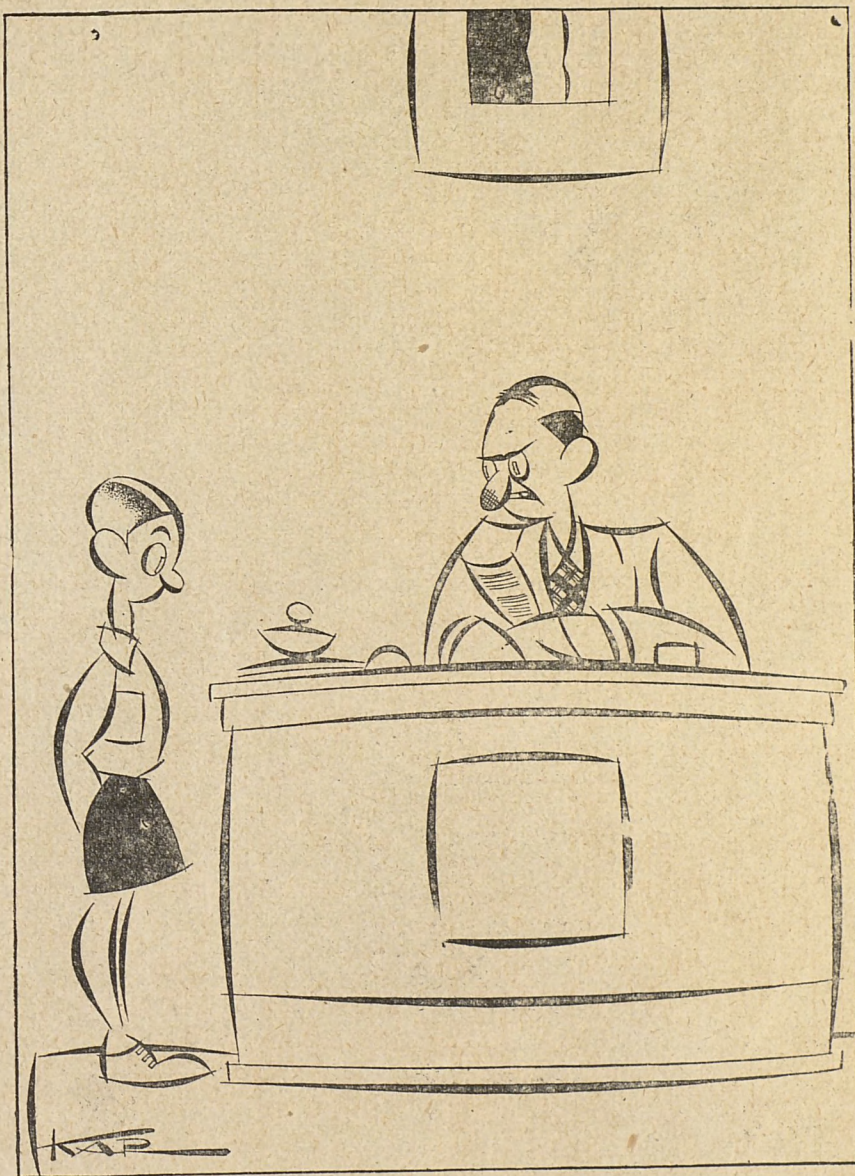
# EL "KLASON"

(Narración epistolar, especial para niñas modernas de catorce a treinta y ocho años).

Señor Don José Covachuela. Muy señor mío: Orserve usted que escribo "don José", y no "Pepe querido", "Pepe inolvidable" o "Pepe monísimo", como otras veces. ¿Por qué? ¡Ah! Enrojezco al recordarlo. Mas, a pesar de este sonrojo, he de rememorar hasta los más nimios detalles, para relatárselos con toda fidelidad. Quiero que esta carta sea la confesión de mi culpa, culpa de la que no soy culpable, sino a los ojos de usted, hombre y enamorado. Cuando lo pienso, me siento abochornada e intimidada. Me parece verle, con el dedo índice extendido, señalándome incorrectamente, mientras sus ojos chisporrotean de indignación y su boca profiere denuestos e imprecaciones que una señorita no puede escuchar. Y yo le perdono. Le perdono, ¡ay!, porque usted me quiere. Yo también le he querido. Hasta el martes pasado. Fué la fatalidad, que se introdujo ese día en un "klaxon" gangoso y nos separó para siempre. ¡Para siempre! Y perdone usted que insista. ¡No hay apelación! ¿Lo entiende usted? Aún puede que no; pero lo va usted a entender en seguida. Usted y yo nos amábamos. ¿Lo recuerda? Diez meses llevábamos de relaciones, y, durante ellos, nuestro amor se deslizaba cuesta abajo, tan apasionado, que, más de una vez, en esa hora en que nos levantamos de madrugada a beber agua, me dije desasosegada: "El mejor día, volcamos." Bueno, no recuerdo si dije el mejor o el peor; pero lo cierto es que lo del vuelco me parecía inminente. Y lo fué. Llegó un día en que usted, amigo don José, me propuso la huida en su compañía. Estábamos en el "cine" sonoro, y yo, aturrida por el ruido estridente del aparato gramofónico, acepté su desdichada iniciación. Le aseguro que no supe lo que hacía. Aquel ruido me enloquecía, y le dije a usted que sí, del mismo modo que pude haberle mandado a paseo. Y no es que no le quisiera a usted, don José Covachuela hoy, y ayer "Pepe querido, inolvidable y monísimo"; sí le quería, ¡y mucho! Pero yo soy una señorita digna. Usted lo sabe, amigo don José. El caso es que me propuso usted la fuga como única solución para el logro de nuestros anhelos, ya que, según usted, ese camino no recto era el único completamente asfaltado. Usted era pobre, y me figuro que seguirá siéndolo; sólo han pasado seis días de ésto. Sus tres mil pesetas, con descuento, no le servirían, si nos casábamos, más que para pagarme "la permanente". Y aunque usted hablaba de futuros ascensos y subsidios, mi padre se oponía a nuestro enlace. Entonces usted, repito, me propuso la fuga para que el autor de mis

días "se chinchara—así dijo usted—y no tuviera otro remedio que casarnos." Todo quedó concertado entre nosotros. El martes, a las nueve de la noche, llegaría usted a la puerta de mi casa, conduciendo un magnífico automóvil, que le prestaba un amigo, y haría usted sonar repetidas veces el "klaxon" gangoso que yo conocía por haberle oído días atrás a la puerta del "cine". Bajaría yo, presurosa; subiría al "auto", y... ¡a la felicidad! Hasta aquí, lo que podemos llamar primera parte, todo fué bien. El lunes, por la noche, nos despedimos con

un efusivo apretón de manos. Y llegó la noche del martes; llegó el "auto", sonó el "klaxon" gangoso, que parecía acatarrado, y abandoné mi hogar. ¡Por usted, don José, por su amor! Observe en el papel de esta carta, seis líneas más abajo, el abombado que acaban de producir dos lágrimas desprendidas de mis ojos azules. En fin, me sueno, me sereno y continúo. Salí a la calle. Sombras en derredor. Nadie en el "auto". Abrí la portezuela, subí a él y me acurruqué en un rincón. Lloré. No sentía muchos deseos, pero comprendí que no



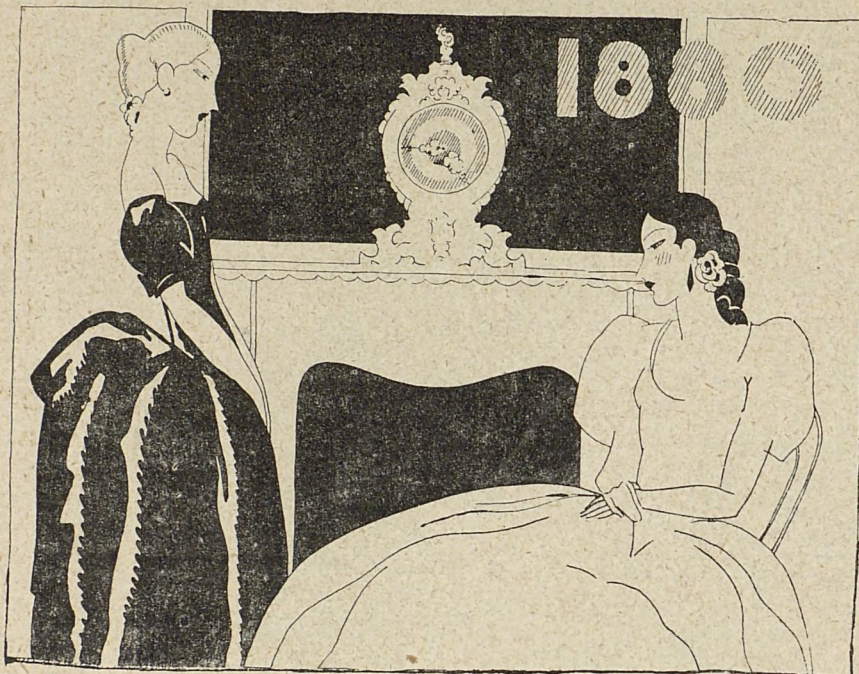
—Todos han escrito ocho o diez páginas sobre el tema de la leche, y usted tan sólo escribe cuatro líneas.

—Es que yo he tratado de la leche condensada.

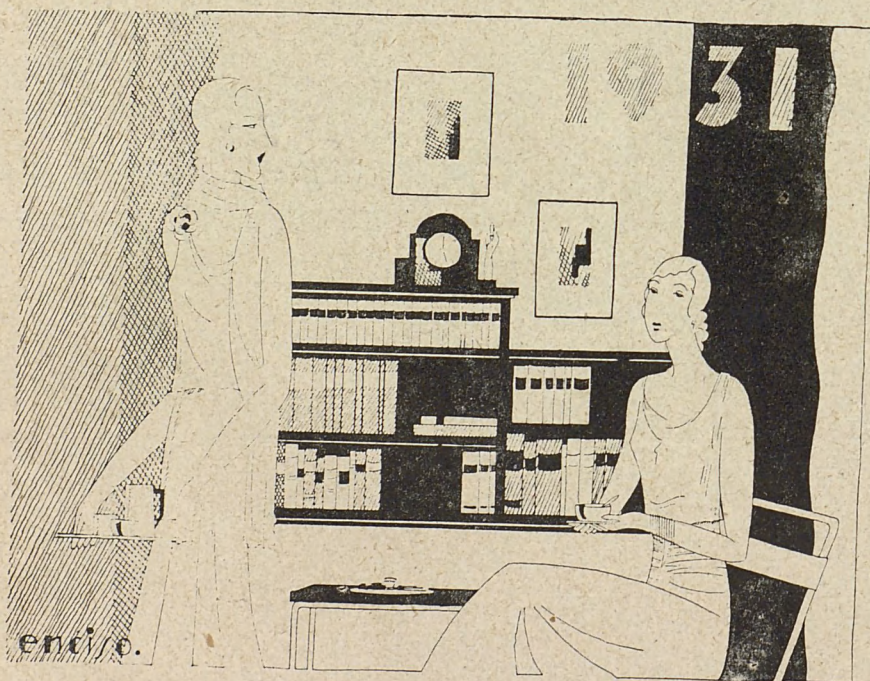
Dib. Kar.—Valencia.



## AYER Y HOY



1880.—Si. He regañado con él porque era muy prosaico. Nunca me hablaba de la luna ni de las estrellas y jamás me recitó un verso romántico.



1930.—Si. He regañado con él porque era insoportable. No me hablaba más que de la luna y de las estrellas y siempre me estaba recitando versos románticos.

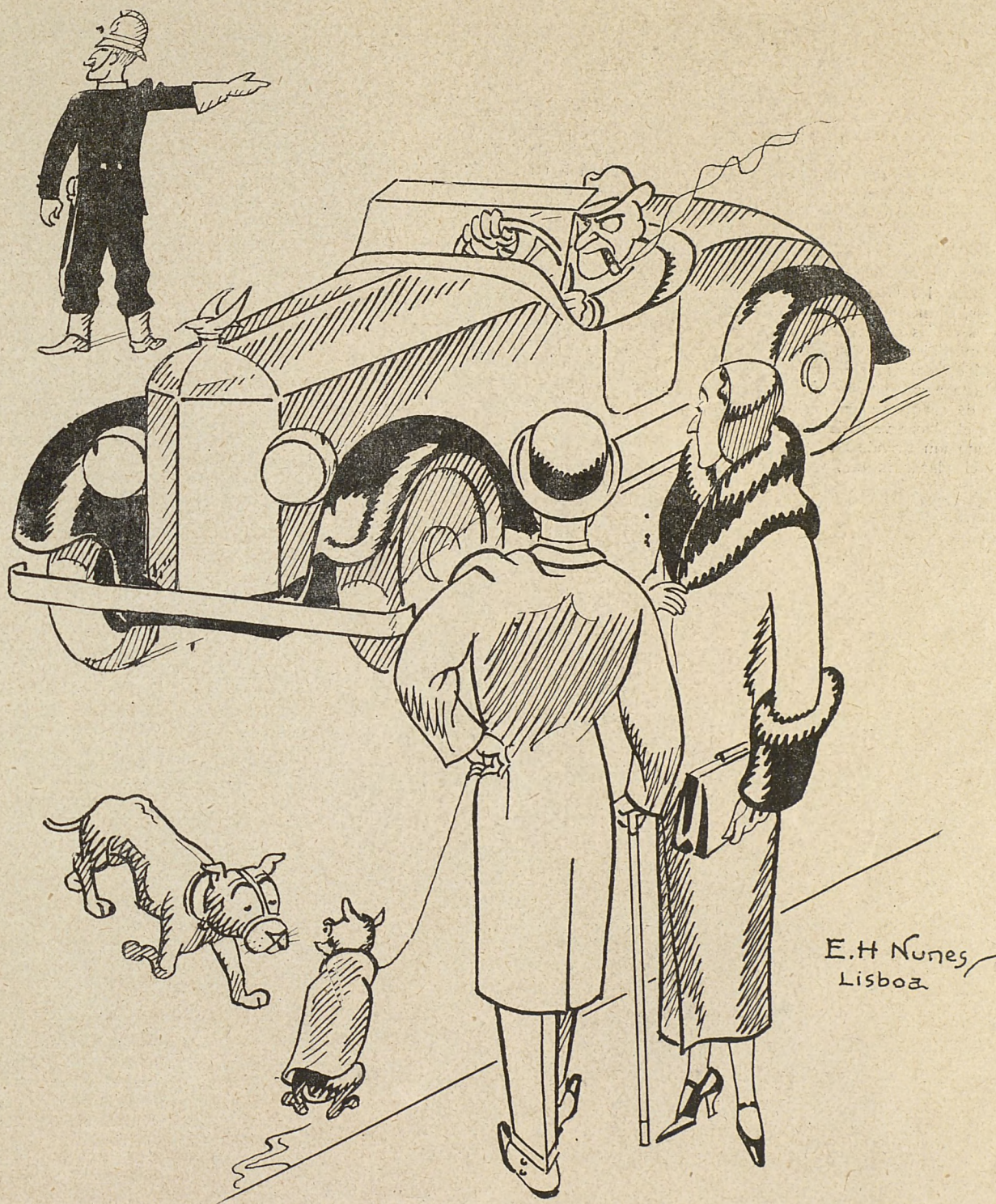
(Dib. Enciso.—Madrid).

sólo iba a llorar cuando me "hacían" las uñas. Por muy muchacha moderna que fuera una, aquel momento bien valía la pena de admitir algunas lagrimitas. Y las vertí. A través de mis ojos turbios, que me descomponían las imágenes, pude advertir que acababa usted de subir al "auto". Sin duda, estaba usted oculto en algún portal próximo. Puso usted el coche en marcha. Entonces pensé que, en cuanto nos encontráramos en las afueras de la ciudad, nos detendríamos y pasaría usted a interesarse por mí. Me equivoqué. Seguíamos marchando, marchando... Parecióme que corríamos al batacazo. Sentí miedo. Recordé varias películas de la "Metro". Después, inspeccioné al conductor y me pareció más corpulento que usted. Sentí más miedo. Quise gritar y me fué imposible. Creo que me desvanecí. Cuando reaccioné, nos deteníamos. Estábamos delante de un hotel que me era completamente desconocido. Salté a tierra. Una señora y una señorita acudían a nuestro encuentro, mejor dicho, al encuentro de usted, mejor aún, al encuentro de quien yo creí que era usted. A mí no me esperaban, naturalmente. El "klaxon" era el único culpable de lo ocurrido. Por lo visto, es decir, por lo oído, había otro "klaxon" igualmente gangoso. Y yo había creído reconocer el del coche de su amigo de usted. El joven que me había conducido hasta El Escorial, ignoraba quién era yo. Y a mí me sucedía otro tanto con relación a él. Al preguntarme que de dónde salía, se me hizo un nudo en la garganta y me pareció que la Tierra giraba como un peón. Caí al suelo, otra vez desmayada. Cuando abrí los ojos, la madre y la hermana del conductor me cuidaban solícitamente. Pero, ¡oh, don José!, no quisieron creerme. Tampoco a él le habían creído. Y aunque condenaron los medios pelucoscos de que, según ellas, nos habíamos valido para fugarnos, acabaron por perdonarnos con la condición, naturalmente, de que nos habíamos de casar lo antes posible. Telegrafieron a mi padre, solicitando su consentimiento. El autor de mis días se puso inmediatamente en camino, y, a su llegada, se negó con todas sus fuerzas a autorizar el enlace..., hasta que supo que, por error, no me había escapado con usted, sino con otro joven que posee una respetable fortuna. En cuanto a mi rapto involuntario, no he debido de parecerle carga pesada, puesto que, cada vez más interesado por la aventura y por mi mirada "compota"—¡ay, perdón!—, solicitó enmendar sus yerros, que son los míos por usted, casándose, a toda marcha, conmigo. ¡Qué gran hombre! Todavía le debemos agradecimiento. Así, pues, olvídeme. Hasta el martes le quise a usted; desde ese día quiero a otro, ¡a él! Yo no tuve la culpa, fué el "klaxon". Suya afectísima, *Olvido Amores*.

Por la interesada,

PABLO TORREMOCHA  
Madrid, enero, 1931.





—¿Te gusta ese coche?  
 —No. Me gustaría uno que fuera distinto a todos.  
 —Pues cómprate al contado uno cualquiera.

(Dib. NUNES.—Lisboa).

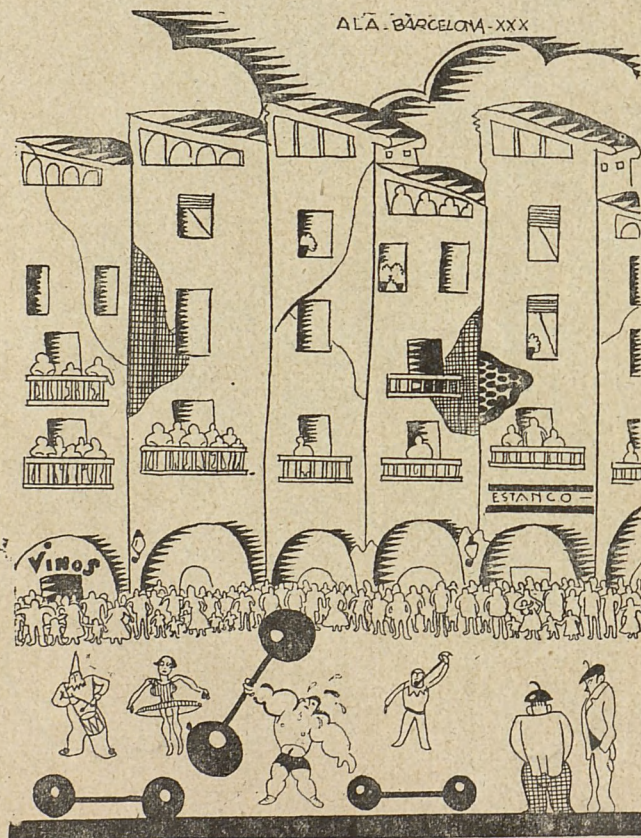


# No hay placer verdadero que tener poco dinero

En esta vida endiablada  
hay un sin fin de placeres:  
Ir al cine. No hacer nada.  
Perseguir a las mujeres.  
Tomar café con tostada.  
Comprar pianos y gramolas.  
Beber *whisky*. Meter trolas.  
Al prójimo poner cuernos.  
Jugar a las carambolas.  
Criticar a los Gobiernos.  
Vamos, diversiones cien  
con las cuales se evidencia  
(tornando el mundo en edén)  
que si es mala la existencia,  
es buena a ratos también.  
Pero de cuanto se ha escrito  
sobre el placer verdadero,  
ninguno tan grande admito  
com el placer infinito

de tener poco dinero.  
Ya sé que al oír el lector  
lo que acabo de decir  
obsequiará a un servidor  
con frases de este tenor:  
"No me haga usted de reir."  
O: "Este tío es un zoquete."  
"Se ve que no es un pobrete,  
ni e nsu vida tuvo apuros."  
"Que le frían un *burlate*."  
O: "Anda y que le den dos duros."  
Pero es que no es reflexionan  
los que mi opinión no abonan  
los goces insospechados  
que los ochavos contados  
a los pobres proporcionan.  
¿Hay, por ejemplo, delicia  
mayor que la produce  
el que, sin previa noticia,

llegue un duro? ¡Cómo luce!  
¡Y cómo se le acaricia!  
—Mira, papá, en BUEN HUMOR  
te han publicado un trabajo,  
grita mi chica menor.  
—¡Ya tienes para *cascajo*!  
¡Qué guapo es el director!  
O, en otro terreno: —Mira,  
te han hecho una obra en Cascante.  
Ya tenemos lo bastante  
para marcharnos de *pira*  
este verano a Alicante.  
—Pero si no nos alcanza.  
—¡Pues si es verdad! ¡Qué coraje!  
—No hay que perder la esperanza.  
—Tanto para hacer el viaje.  
—Tanto para la *pitansa*.  
—¿Y las camas? Treinta días  
a este precio, tanto da.  
—Y esto para chucherías.  
—¿Y mi tabaco, hijas mías?  
—Chúpate un dedo, papá.  
Mi mujer que odia el tabaco,  
como todas las mujeres,  
con el chiste del *retaco*,  
entra con el vicio a saco:  
—No fumes más, si me quieres.  
Y yo, en estas lides ducho,  
prometo fumar muy poco.  
Y a mis pequeños achucho.  
Y aun, cuando a Herodes invoco,  
finjo que me alegro mucho.  
Y, al fin, llega el veraneo.  
Y con la familia *arreo*...  
La plata se va volando...  
Y, al final, otro recreo:  
El de volvernos andando.  
Y llega el tiempo del hielo.  
Y a éste, que lo matriculo.  
Y el *fijador* para el pelo  
de este otro, porque es muy chulo  
Y aquél que me pide un *rulo*  
de perras pa *irse a Pozuelo*.  
Y yo que no lo estrangulo  
por un milagro del cielo.  
Y aquí pongo y aquí quito.  
Y aquí saco y aquí meto.  
Total, que gozo infinito  
cuando salgo de un aprieto.  
y así a todas horas grito:  
—Me da lástima el sujeto  
que nace, *el desgraciadito*,  
con el bolsillo repleto.  
Lo agradable, lo bonito,  
es a la dicha el *completo*  
ponerle a lo *pobrecito*;  
decir que el oro es un mito,  
y andar en continuo reto  
con el dinero maldito.

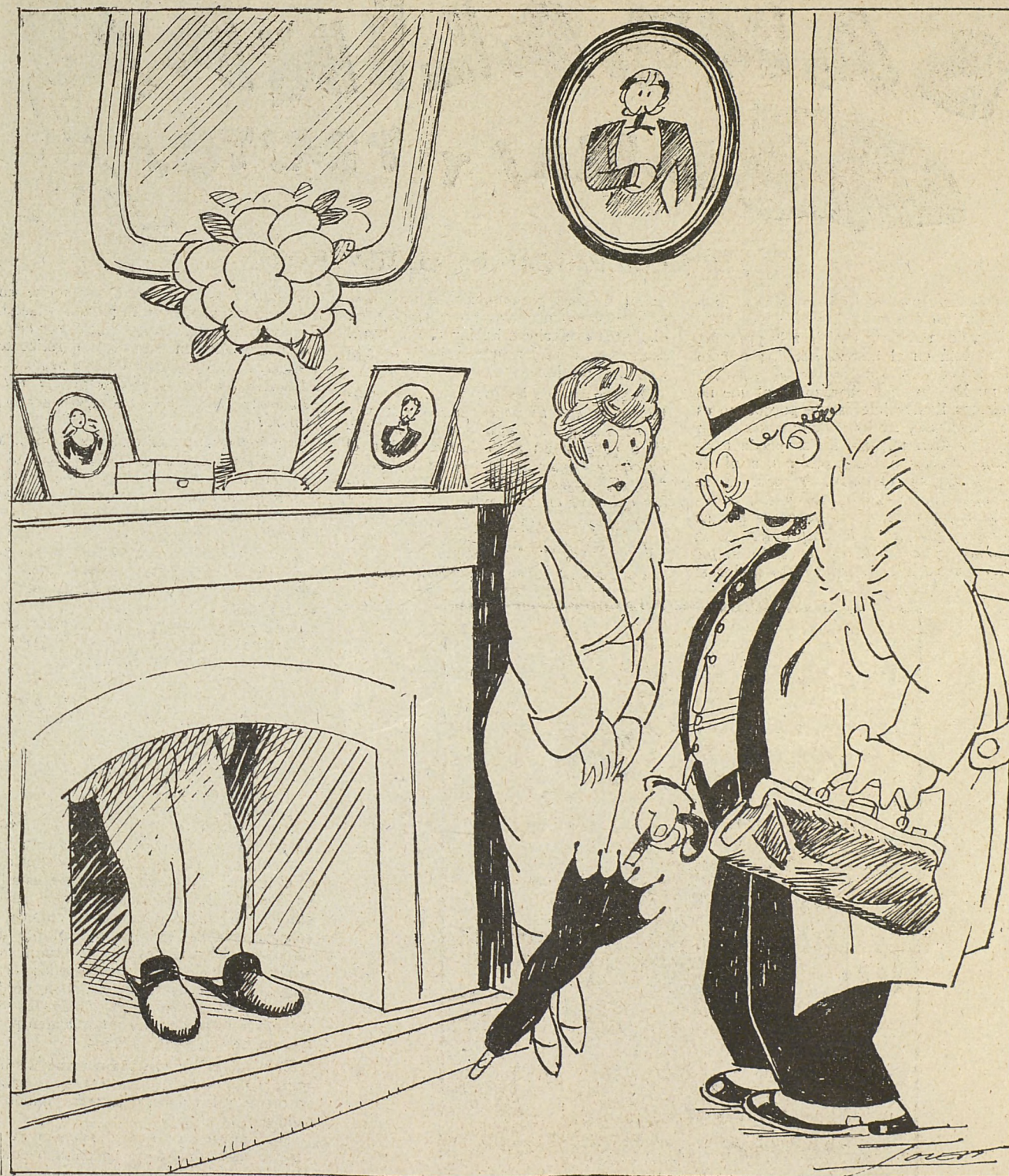


Dib. Ala.—Barcelona.

—Esta gente de los circos son tremendos. Hay que ver de lo que es capaz un hombre de hacer por no trabajar.

JAVIER DE BURGOS





UN APRENSIVO

—¡Demasiado sabes que no me gusta que nadie se ponga mis zapatillas!

(Dib. TOVAR.—Madrid.)



# BAMBALINA

## DIABLAS Y TRASTOS

### ¿SE DEBE PATEAR EN EL TEATRO?

Las carteleras madrileñas no han avanzado ni un palmo en lo que va de ayer a hoy, de la semana pasada a la presente. Todo está en el mismo Estado; Estado al que podemos llamar interesante porque es un Estado de Embarazo; y al que no podemos llamar interesante porque no es de Embarazo, sino de Desenvoltura. En rigor y bien mirado, no se puede realmente llamar a las cosas nunca ni de un modo ni de otro. Y aunque se pudiera, no; nosotros no nos metemos nunca a llamar a las cosas por su nombre, porque a lo mejor no es su nombre, y entonces no es a lo mejor sino que es a lo peor; y a lo mejor sí

es su nombre, y entonces es peor que peor, y como nosotros no estamos para disgustos preferimos hablar al tun tun... Siempre es mejor que hablar al ton ton o al tontín.

Y si a ustedes les parece que debemos tachar lo que antecede, pues ¡borrón y cuenta nueva!... Y si lo de "borrón" pudiera parecer un poco fuerte, tachen el borrón y tachen lo de "nueva" y lo de "cuenta", pues no quisiéramos jamás tener que caer en la cuenta.

Decíamos... ¿Qué decíamos?

Pues no decíamos nada.

Pero ahora vamos, sí, a decir algo.

Vamos a decir a los lectores que no hubo estreno alguno en la pasada semana. Persisten las carteleras en mantener ciertos títulos de un simbolismo reticente y alusivo que nos tiene escamadisimos... *El señor Badanas, ¡Que trabaje Rita!, ¡Tómame en serio!, ¡Déjate querer, hombre!*

Por doquiera que extendemos la mirada nos hallamos con unos titulos que más parecen de el *Heraldo* que de heráldica. Y son los mismos de siempre. Todo está igual; parece que fué ayer: reprises y más reprises.

Por eso vamos a dejar lo perentorio de la acuciante actualidad y dedicar unas líneas a un asunto general; de actualidad sempiterna en el teatro, al que no hemos dedicado en estas páginas la atención que se merece.

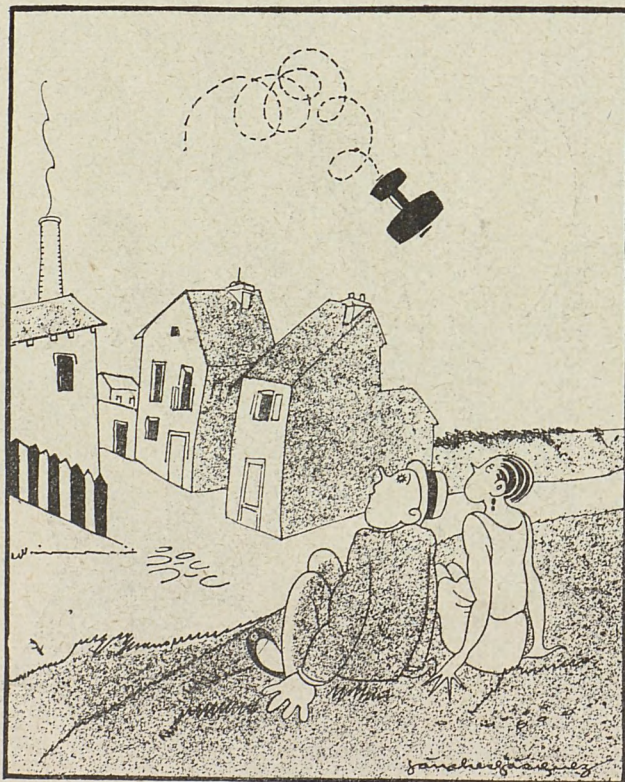
#### ¿Se debe patear en el teatro?

Esta es una cuestión batallona que sale a relucir constantemente. En cuanto a alguien le "menean" una obra, salen voces indignadas diciendo que aquello es inícuo. Las voces que salen, salen, o de aquellos que fueron "meneados" o de sus familiares e incensarios.

A nosotros nos parece, sin embargo, que el uso del tacón es un privilegio humano; los animales cuadrúpedos piafan y cocean, sí; pero siempre, y no precisamente en el teatro; el hombre, en cambio, es allí, en los corrales dramáticos, donde suele emplear la suela y donde la emplea a consecuencia de un discernimiento y de un juicio. El pateo es, por lo tanto, una señal de juicio; los cuadrúpedos emplean las patas de atrás, y patean, desde luego; pero no emplean jamás las de delante para aplaudir, y no aplauden porque no tienen juicio ninguno.

El hombre, sí; el hombre sabe distinguir, y por eso distingue entre las patas de detrás y las patas delanteras, dando a cada par su uso.

Hay quien dice que el silencio es la sanción más propia de un público culto. Pero es un error completo. Una asamblea de asnos o de marmotas escucharía un drama de Carulla en perfectísimo silencio. Un público que se calla la protesta nos deja sin que sepamos hasta qué punto y en qué grado le pareció mal la obra. Y esto se tiene que saber por la intensidad del ruido, lo mismo

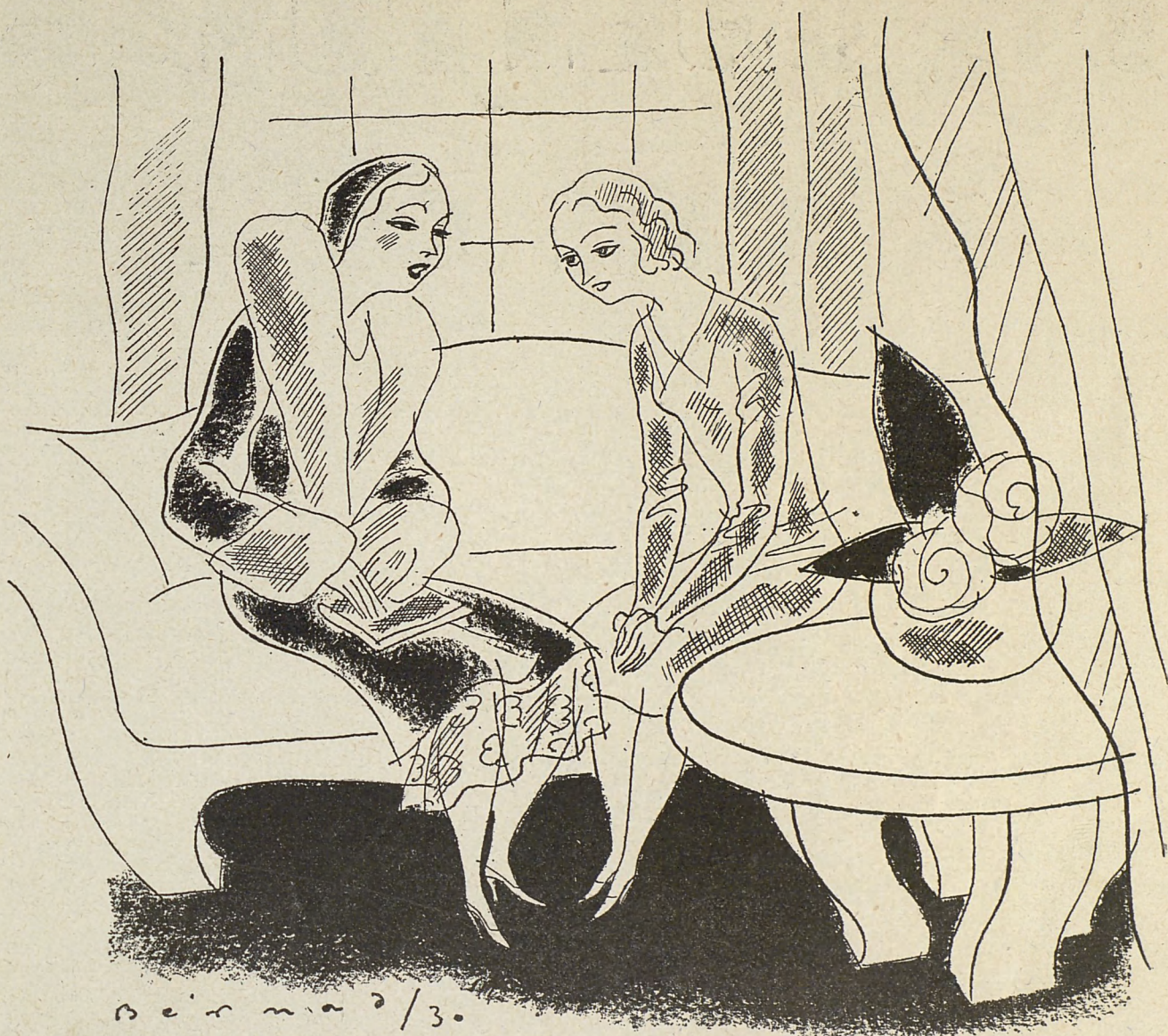


—También llega hoy borracho Ramiro.

—No; es Rosa, que como tiene invitados, está batiendo los huevos para la tortilla del almuerzo.

(Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.)





—Me puse mala cuando me estaban probando el traje nuevo.  
—Indudablemente, es un traje que te sentaba mal.

(Dib. BERNARD.—París.)

que se sabe cuando se ovaciona más o menos.

Si el autor escribió su obra con las extremidades posteriores, bueno es que el público también le sancione con las mismas. Es un deber de reciprocidad y de justa correspondencia.

Desde luego que puede darse—y se da no pocas veces—el caso de que el público meta la pata y las patas, cuando el autor no hizo tal. Pero nunca es tan defendible el pateo como entonces, porque sólo por él conocemos que nos conducimos pateando como verdaderos animales.

Cuando metemos los pies sin juicio y sin raciocinio, es cuando metemos “la pata” y no precisamente el pie. Hay que patear con la cabeza, aunque parezca un contra-

sentido. Cuando intervienen los pies porque la cabeza lo manda, hacemos lo que hacemos con “pies y cabeza”. Y entonces está bien.

Hay que tener buena pata; si es buena no importa nada que se decida a patear, y cuando la pata es mala, lo único que delata su mala condición es el pateo. Así, que en todos los casos está bien que se patee. Así sabemos bien lo que hay dentro del zapato y dentro de la cabeza.

Los cómicos se quejan del pateo porque dicen que son ellos los que tienen que aguantar y padecer, y lo sienten como una afrenta. Pero hacen mal en sentirlo de ese modo y no considerarse por completo al margen del pateo.

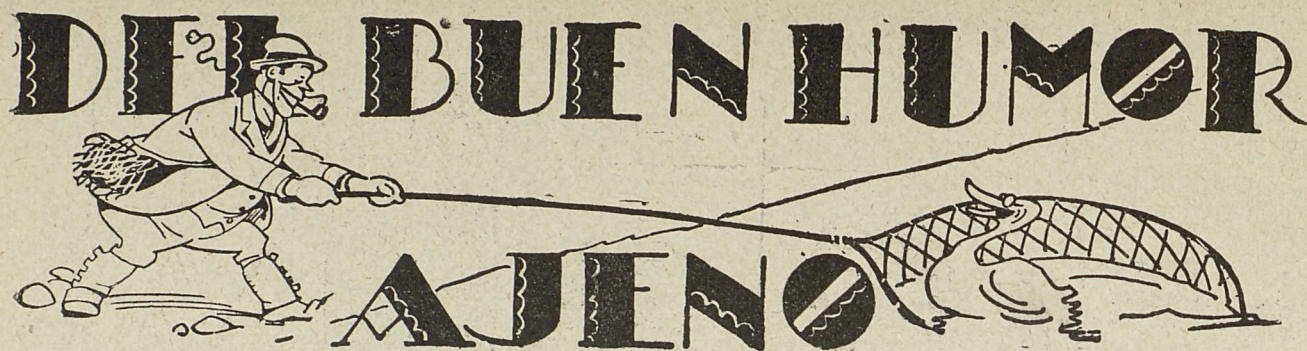
“Sí—nos dice un autor francés—; debe silbarse en el teatro... Por atención a los cómicos también. De sobra conocen ellos que no se silba al intérprete. Las protestas salpimentan la velada, prestándole el calor que necesita. ¡Pensar, si no, lo taciturno que sería estar diciendo frases soñolientas ante un público abotargado! Ahorremos a los artistas esa carga. Y si la obra, a consecuencia del pateo, es retirada pronto del cartel, mejor para los cómicos: la mediocridad de la obra acabaría por ser achacada, en parte al menos, a la mediocridad de los intérpretes.”

Procedamos con pies y cabeza.

MANUEL ABRIL



# DEL BUEN HUMOR AJENO



## Apuntes para la historia de América, POR D. ANIMADO

América baña todos los días tres de sus cuatro fachadas en tres magníficos océanos.

La cuarta fachada se baña en un canal nada más; pero, como era de esperar, este canal es el de Panamá.

La raza aborigen es la india. Hace cuatrocientos años los indios se elevaban a cinco millones. Hoy día la técnica americana los ha reducido a cinco mil almas.

Todos los demás habitantes son extranjeros.

Númericamente, los ingleses y los irlandeses ocupan el primer lugar. Los ingleses se hacen, espontáneamente, gobernadores; los irlandeses, *policemen*.

Siguen inmediatamente los italianos, que están especializados en cortar el pelo y las gargantas. Los rumanos tocan el violín y se reproducen.

Los judíos imprimen eso que ellos llaman *Schiffkarter*, para enviárselo inmediatamente a sus padres.

En cuanto a los emigrados rusos, se dividen en dos grupos: *doukhobors* y abogados. Los *doukhobors* van desapareciendo poco a poco, y los abogados triunfan como nadadores.

El régimen político de América es alegre y jovial. De treinta presidentes que ha tenido hasta ahora, casi todos

murieron de muerte natural. Sólo tres fueron asesinados. Lo que arroja un coeficiente de violencias sinceramente despreciable.

La unidad monetaria es el dólar. Así se explica la enorme riqueza de este país.

Los propios americanos son muy bonachones y muy sensibles. Un detalle: en la prisión de Sing-Sing, los condenados a muerte son obsequiados, la víspera de su ejecución, con magníficos conciertos—algunos con la cooperación de Chaliapin—y reparto general de *sandwiches*. Y la ejecución misma respaldece humanitarismo. El reo, instalado en un amplio y cómodo sillón, recibe una corriente de dos mil voltios, gracias a la cual sus entrañas, entenebrecidas por el vicio, se iluminan graciosamente.

### II

Para entrar en América es preciso llevar algunos requisitos previos.

El primero y más importante es vivir mal. Viviendo mal todo va bien. Lo demás es muy secundario.

Ante todo hay que someterse a un interrogatorio, algo complejo, pero fácil de vencer, que versa sobre las siguientes cuestiones:

—¿Su abuela padeció escarlatina?

Hay que responder con lealtad y precisión. No basta decir, como algunos hacen:

—¡Hombre, escarlatina, escarlatina... no me atrevería yo a asegurarlo! Algún brote de sarampión sí creo que tuvo. Pero escarlatina, lo que se dice escarlatina...

La segunda pregunta es ésta:

—¿Está usted loco?

La tercera:

—¿Qué opina usted de la poligamia?

A esta cuestión es preciso contestar con la máxima audacia.

—¡La poligamia me ha inspirado siempre una repugnancia imponente!

Y la última:

—¿Tiene usted cincuenta dólares para empezar su vida americana?

Decid que sí, aunque no los tengáis. Porque si no los tenéis, la Compañía de

navegación que os haya conducido hasta allí os los prestará inmediatamente. Bien entendido que sólo hasta el tranquilizador momento en que pongáis el pie en tierra. Entonces, un empleado experto os obligará a que los devolváis. No vale la pena de discutir. Es asunto que no ofrece alternativas.

### III

Un consejo práctico:

Una vez instalados en América, es conveniente aprender inglés. De todos los procedimientos, el más práctico es el de matricularse en una clase nocturna de adultos abandonados a su suerte. Una de esas utilísimas clases a las que deben ir los obreros después de terminar sus catorce horas diarias de trabajo.

Podrá suceder que a los tres meses de clase nocturna estéis enterrados. Pero, esto sí, no os quedará la menor duda de que la "h" no se pronuncia siempre tal y como se escribe.

## Un peluquero servicial

D. Antonio Martínez, desde muchos años peluquero de Barcelona, ha podido comprobar por sí mismo y en varias aplicaciones a sus clientes, las sorprendentes cualidades de la siguiente receta que puede prepararse fácilmente en su casa, con la que se logra de modo efectivo oscurecer los cabellos canosos o descoloridos, volviéndolos suaves y brillantes.

«En un frasco de 250 grs. se echan 50 grs. de agua de Colonia (5 cucharadas de las de sopa), 7 grs. de glicerina (una cucharadita de las de café), el contenido de una cajita de «Oríx» y se termina de llenar el frasco con agua».

Los productos para la preparación de dicha loción pueden comprarse en cualquier farmacia, perfumería o peluquería, a precio módico. Aplíquese dicha mezcla sobre los cabellos dos veces por semana hasta que se obtenga la tonalidad apetecida. No tiene el cuero cabelludo, no es tampoco grasiento ni pegajoso y perdura indefinidamente. Este medio rejuvenecerá a toda persona canosa.

**OROCREMA**  
**ALMENDRAS**

EL JARÓN POPULAR  
ESTABLECE LA MED



**LOS**  
**PERFUMES**  
**DE TASARA**  
**BADALONA**

